

Nigel Barley

# No es un deporte de riesgo

Traducción de Marco Aurelio Galmarini



EDITORIAL ANAGRAMA  
BARCELONA

*Título de la edición original:*

Not a Hazardous Sport

Viking

Londres, 1988

*Diseño de la colección:* Julio Vivas y Estudio A

*Ilustración:* de la edición inglesa de Penguin, 1989

*Primera edición: febrero 2012*

© De la traducción, Marco Aurelio Galmarini, 2012

© Nigel Barley, 1988

© EDITORIAL ANAGRAMA, S. A., 2012

Pedró de la Creu, 58

08034 Barcelona

ISBN: 978-84-339-2596-1

Depósito Legal: B. 63-2012

Printed in Spain

Reinbook Impres, sl, Múrcia, 36

08830 Sant Boi de Llobregat

*A Din*



## PREFACIO

Tradicionalmente, los antropólogos han escrito sobre otros pueblos bajo la forma de monografías académicas. Los autores de esos volúmenes, demasiado serios y poco amenos, hacen gala de una mirada omnisciente y olímpica. No sólo su capacidad de comprensión cultural es superior a la de los propios «nativos», sino que, además, nunca se equivocan y jamás se autoengañan ni se dejan engañar por otros. En los mapas de culturas ajenas que ellos ofrecen no hay cabos sueltos. No tienen existencia emocional. Nunca se entusiasman ni se deprimen. Pero, por encima de todo, jamás les gusta ni les disgusta el pueblo que estudian.

Este libro no pertenece a ese tipo de monografías. Ver-  
sa sobre los primeros intentos de tomar contacto con un pueblo «nuevo» o, en realidad, con todo un continente «nuevo». Documenta falsas pistas e incompetencias lingüísticas, rechaza ideas preconcebidas y engaños propios o ajenos. Pero, sobre todo, no se ocupa de generalizaciones, sino de encuentros con individuos.

Desde el punto de vista estrictamente antropológico, estos encuentros tienen el inconveniente de no haberse producido en la lengua materna del pueblo correspondiente,

sino en indonesio. La República de Indonesia tiene varios centenares de lenguas, si no millares. Por tanto, los primeros contactos tienen lugar siempre en la lengua nacional y su uso es la marca distintiva de la naturaleza preliminar del contacto en cuestión. No obstante, a lo largo del período de más de dos años al que este libro hace referencia, esos contactos se convirtieron en relaciones de auténtico contenido personal y emocional.

Las monografías están escritas en sentido inverso, pues imponen a la realidad un orden espurio en el que todo casa perfectamente. Este libro fue escrito en el curso mismo de la experiencia a la que sirve de testimonio. De haber comenzado por el magnífico granero de arroz toraja que hoy se exhibe en las galerías del Museo de la Humanidad de Londres, podría haber resultado una obra completamente distinta, que hiciera patente que la idea de construirlo tenía sentido etnográfico, financiero y museológico. Pero no fue así como ocurrieron las cosas.

Son muchas las personas que colaboraron en el proyecto que es objeto de este libro. En Inglaterra, el director y diversos miembros del consejo de administración del British Museum han tenido la suficiente visión como para financiar una empresa tan arriesgada; sin el infatigable apoyo y comprensión de Jean Rankine y Malcolm McLeod dicha empresa jamás se habría hecho realidad.

En Indonesia, agradezco a Ibu Hariyati Soebadio, del Departemen Pendidikan dan Kebudayaan, y a Bapak Yoop Ave y Luther Barrung, del Departemen Parpostel, quienes me han guiado por canales oficiales que nunca habría podido yo recorrer sin su constante buena voluntad. Bapak Yakob, Bupati de Tana Toraja, Bapak Patandianan de Sospol y Nico Pasaka fueron siempre de gran ayuda. En Mamas, Silas Tarrupadang es acreedor de mi cálido agrade-

miento por su pródiga hospitalidad y asistencia. El profesor e Ibu Abbas de la Hasanuddin University hicieron un alto en su camino para brindarme su ayuda en un momento en que la necesitaba desesperadamente. Dejo constancia de que no tengo nada que agradecer a Bapak W. Arlen, de la Oficina de Inmigración de Ujung Pandang, sino todo lo contrario.

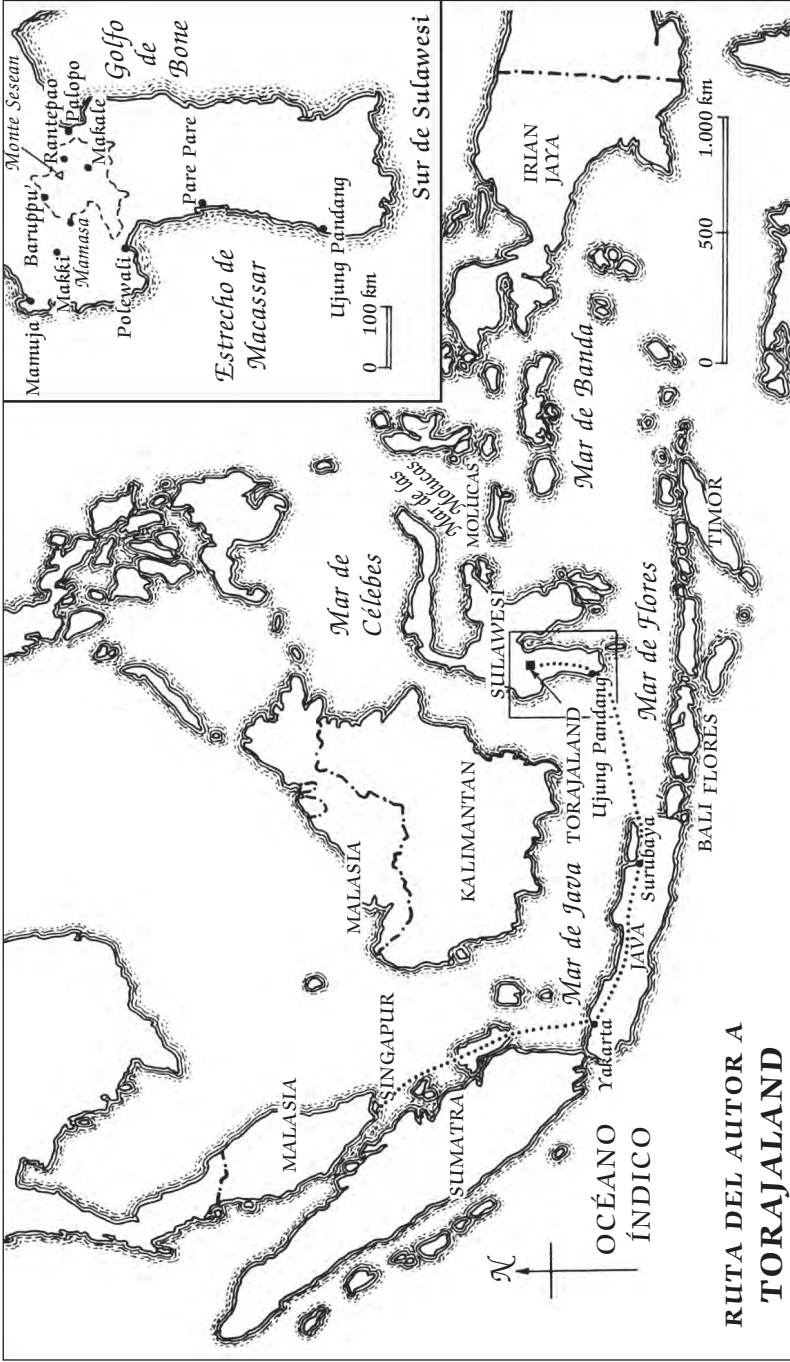
Igualmente agradecido me siento con H. E. Mapak Suhartoyo y a Bapak Hidayat, de la Embajada de Indonesia en Londres, y en especial con Bapak W. Miftach, también de la Embajada de Indonesia en Londres, por su permanente apoyo, asistencia y amistad a lo largo de este proyecto.

La Torajan Foundation de Yakarta –en particular Bapak J. Parapak y Bapak H. Parinding– se tomó un gran interés personal en la exposición toraja desde el primer momento y actuó como su patrocinadora, al igual que Garuda Indonesia.

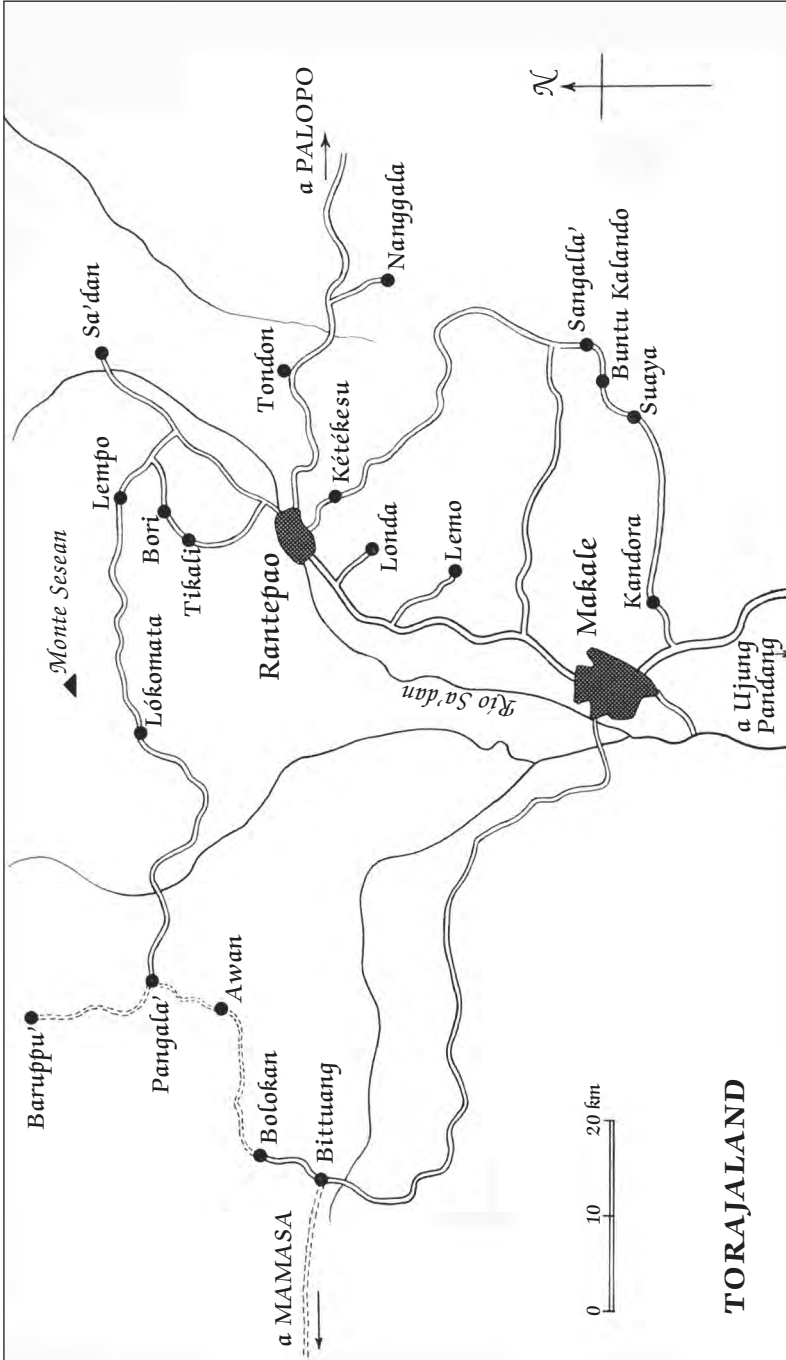
Sin la alentadora amistad, asistencia y comprensión de Sallehuddin bin Hajji Abdullah Sani este proyecto no habría podido ser concebido ni llevado a la práctica.

Estoy especialmente agradecido al gran número de hombres y mujeres toraja que me acogieron en su corazón y me prestaron su colaboración sin pensar en recompensa ni ventaja personal alguna.

NIGEL BARLEY







**TORAJALAND**



## 1. NUEVAS PARTIDAS

«La antropología no es un deporte de riesgo.» Siempre sospeché que esto era cierto, pero resulta reconfortante verlo confirmado en negro sobre blanco por una compañía de seguros de reputada credibilidad. Después de todo, ellos han de saber de estas cosas.

Tal afirmación fue el resultado final de una extensa correspondencia, motivada más por un frío interés que por el afán de una investigación rigurosa. Había contratado un seguro médico para un trabajo de campo de dos meses de duración y fui lo bastante imprudente como para leer la letra pequeña. No estaba cubierto en el caso de un ataque nuclear ni en el de una nacionalización realizada por un gobierno extranjero. Pero lo más alarmante era que *sí* estaba cubierto hasta doce meses en caso de secuestro. El paracaidismo en caída libre estaba específicamente prohibido, junto con «cualquier otro deporte de riesgo». Pero ya era oficial: «La antropología no es un deporte de riesgo.»

El equipo extendido sobre la cama parecía desmentir esa afirmación. Había pastillas potabilizadoras de agua, medicamentos contra dos clases de malaria, pie de atleta, supuración de úlcera y de párpados, disentería amébrica, rini-

tis alérgica, quemaduras solares, infecciones provocadas por piojos o garrapatas, mareos y vómitos compulsivos. Sólo mucho, mucho más tarde advertí que había olvidado las aspirinas.

Iba a ser un viaje agotador, un último desafío que un organismo en visible decadencia se disponía a presentar a una geografía dura en la que probablemente habría que acarrearlo todo escalando montañas y a través de barrancos, un último acto de optimismo físico antes de admitir que la vida urbana y la edad madura habían hecho sus irreparables estragos.

En un rincón estaba la mochila nueva con su iridiscente brillo verde, semejante al del caparazón de un escarabajo tropical. Junto a ella resplandecían tranquilamente las botas nuevas, transmitiendo una promesa de resistencia a la humedad. Las cámaras habían sido limpiadas y recalibradas. Todas las tareas secundarias se habían realizado con la misma dedicación con la que un soldado limpia y engrasa su fusil antes de salir al campo de batalla. Ahora, en la melancolía previa a la partida, el ingenio carecía por completo de viveza y los sentidos permanecían silenciosos. Era el momento de sentarse sobre el equipaje y experimentar una depresión sin contenido.

Nunca he entendido verdaderamente qué es lo que impulsa a los antropólogos al trabajo de campo. Es posible que sólo se trate del triunfo de la pura curiosidad sobre cualquier prudencia razonable, de la falibilidad de la memoria humana que se niega el recuerdo de lo incómoda y aburrida que puede ser gran parte de esta actividad. Es posible que se trate del tedio de la vida urbana, del entorpecedor efecto de una existencia rutinaria. A menudo la partida es desencadenada por acontecimientos relativamente poco importantes que imprimen un giro a la uniforme cotidianidad.

Una vez experimenté esa tentación cuando llegó a mi escritorio un ampuloso informe titulado «Aplicaciones del ordenador a la antropología», justo cuando acababa de pasarme cuarenta minutos rebobinando una cinta porque mi máquina de escribir era tan antigua que los carretes adecuados ya no estaban a la venta.

Lo cierto es que a menudo el trabajo de campo, más que proponerse la comprensión de otras culturas, es un intento del investigador por resolver sus propios y muy particulares problemas personales. Es frecuente que en el ámbito de la profesión se considere una panacea para todos los males. ¿Matrimonio roto? Ve y haz algún trabajo de campo para tener una perspectiva nueva de las cosas. ¿Deprimido por la falta de promoción? El trabajo de campo te dará otro tema de preocupación.

Pero, sea cual sea la causa, todos los etnógrafos reconocen la llamada de lo salvaje con la certeza con que los musulmanes sienten la repentina y urgente necesidad de ir a La Meca.

¿Adónde ir? Esta vez no iría a África Occidental; anhelaba algo nuevo. A menudo los estudiantes me han pedido consejo sobre dónde ir a realizar un trabajo de campo. Algunos se sentían impulsados por un implacable duendecillo interior a trabajar en un único tema, la ablación del clítoris o los trabajos de forja, por ejemplo. A éstos resultaba fácil aconsejarles. Otros sencillamente se habían enamorado de una parte del mundo en particular. También en este caso era fácil el consejo. Esos enamoramientos pueden ser tan buen motivo para soportar la gran cantidad de viajes y decepciones de la etnografía como cualquier otra obsesión de mayor seriedad teórica. Pero había además un tercer grupo, más difícil, al que yo mismo parecía proclive (lo que un colega, no sin malicia, denominaba el Social De-

mocratic Party de la antropología): el de los que sabían mucho mejor lo que querían evitar que lo que buscaban.

Cuando me tocaba aconsejar a alguien de este grupo, siempre le hacía preguntas de este tipo: «¿Por qué no vas a un lugar donde los habitantes sean hermosos y amistosos, donde te guste la comida y haya flores bonitas?» Muchas veces, esta gente regresaba con excelentes tesis. Ahora tenía que aplicarme el criterio a mí mismo. África Occidental quedaba excluida, sin ninguna duda, pero la respuesta se me presentó de manera instantánea: Indonesia. Tendría que investigar más.

Consulté a un eminente especialista en Indonesia, holandés por supuesto, y por tanto más inglés que cualquier inglés, con su chaqueta de pata de gallo, sus largas y elegantes vocales y su pipa estilo Sherlock Holmes. Me apuntó con la boquilla.

—Padece usted menopausia mental —dijo al tiempo que exhalaba humo a su alrededor—. Lo que necesita es un cambio radical. Los antropólogos que van a su primer trabajo de campo hacen siempre el duro descubrimiento de que la gente de allí no es como la de casa; en su caso, que los dowayo no son como los ingleses. Pero nunca se dan cuenta de que *todos* los pueblos son distintos. Se pasará usted años mirando al resto del mundo como si se tratara de los dowayo. ¿Tiene subvención?

—Todavía no, pero probablemente consiga algún tipo de financiación. —(Lo más triste de la investigación académica es que cuando uno es joven tiene todo el tiempo del mundo, pero no tiene dinero. Con los años, cuando uno ha logrado ascender algo en la jerarquía, puede en general persuadir a alguien de que lo financie, pero entonces nunca tiene tiempo suficiente para hacer algo importante.)

—Las subvenciones son algo maravilloso. A menudo he pensado escribir un libro acerca de la brecha que separa

aquello para lo que son otorgadas y aquello en lo que realmente se invierten. Mi coche –hizo un vago ademán en dirección a la ventana– es fruto de la subvención para pasar a limpio mi último libro. Me senté todas las noches durante seis semanas y lo hice yo mismo. Me casé gracias a una beca para estudiar achenés. Mi primera hija es la consecuencia de una beca para visitar los centros de investigación de Indonesia en Alemania.

Académicos. La cultura de la pobreza refinada.

–Acaba usted de divorciarse. ¿Ha recibido una subvención para eso?

–No... Esta vez pagué yo. Pero valió la pena.

–Entonces, ¿adónde debería ir?

Resopló y dijo:

–Iré a Sulawesi. Si alguien le pregunta por qué, explíquele que es porque los niños tienen orejas en punta.

–¿Orejas en punta? ¿Como Mr. Spock?

–Exactamente. También nosotros tenemos un Mr. Spock.

–Pero ¿por qué?

–Usted vaya y verá –respondió después de echar humo como un volcán indonesio y sonreír misteriosamente.

En ese momento advertí que estaba atrapado. Iría a la isla de Sulawesi, en Indonesia, y observaría a los niños con orejas en punta.

Puede que la expectativa lejana de un viaje entrañe placer; su preparación inmediata, en cambio, no, ninguno. Inyecciones. ¿De verdad hemos de creer que la viruela ha sido «erradicada»? Bonita palabra ésta, limpia, de aristas agudas e infinitamente sospechosa. ¿Rabia? ¿Cuál es la probabilidad de ser mordido por un perro rabioso? Vale, pero uno puede contagiarse de la rabia por el arañazo de un gato

o el picotazo de un ave. ¿Gammaglobulina? Los norteamericanos son fanáticos de la gammaglobulina, mientras que los británicos no creen en ella. Finalmente, uno elige arbitrariamente como un niño que coge un puñado de golosinas. ¿Cuántas camisetas? ¿Cuántos pares de calcetines? Nunca se tienen suficientes para usar, pero siempre son demasiados para transportar. ¿Cacharros para cocinar? ¿Sacos de dormir? Habrá momentos en que unos y otros sean indispensables, pero ¿merecen el fastidio que implica tener que cargar con ellos a través de Java? Una revisión de dientes y pies, que es tratar el cuerpo propio como una mercancía problemática en un mercado de esclavos. Tiempo para buscar guías y trabajos de etnografía ya publicados.

Cada uno parecía contar una historia distinta. Era imposible planificar una ruta. No se podían combinar en una visión unificada. Según unos, los buques indonesios eran infiernos flotantes, el colmo de la degradación, sucios y pestilentes. Para otros, en cambio, se trataba de auténticos remansos de paz. Un viajero afirmaba que había viajado por caminos asfaltados que otro viajero aseguraba que estaban inhabilitados. Los libros de viaje tenían tanto de ficción como las solicitudes de beca. Probablemente los había escrito mi holandés. Un problema añadido era que nunca se podía conocer a ciencia cierta los valores que manejaba el escritor. Lo que para uno era «cómodo», para otro era «disparatadamente caro». Finalmente, lo único que se podía hacer era ir y ver por sí mismo.

Hay una fase en la cual los mapas parecen esenciales. En realidad, se limitan a dar la falsa sensación de saber con certeza adónde se dirige uno.

Los vendedores de mapas, de pelo desgreñado y gafas levantadas sobre la frente, son personajes verdaderamente excéntricos en el mundo de las librerías.



—¿Un mapa de Sulawesi? Charlie, aquí tenemos a alguien que quiere un mapa de Sulawesi.

Charlie me observó por encima de una pila de mapas. Por lo visto, no todos los días les pedían algo así. Charlie pertenecía a la categoría de personajes de gafas caídas sobre la punta de la nariz.

—No podemos ofrecerle ninguno. Ya nos gustaría tener uno para nosotros. Hay un mapa holandés de antes de la guerra, mudo. Los indonesios tienen el copyright, ¿sabe? Miedo a los espías. También hay uno de la American Airforce Survey, pero éste viene en tres hojas de medio metro cuadrado. Una preciosa pieza de cartografía.

—Buscaba algo un poco más práctico.

—Podemos ofrecerle un mapa político de Malasia Oriental. Tiene usted el resto de los accidentes geográficos de Borneo hasta el límite del territorio y unos diez centímetros del sur de Sulawesi para completar el cuadrado, pero supongo que si quiere ir a más de quince kilómetros de la capital, no le será muy útil. Podemos ofrecerle un callejero de la capital con índice alfabético.

Le eché un vistazo. ¡Cuántas veces había estudiado estas ambiciosas marañas de calles y avenidas que sobre el terreno terminaban siendo pequeñas aldeas calurosas y polvorientas con una sola auténtica calle!

—No. No es esto lo que busco. De todas maneras, el nombre ha cambiado. Ya no se llama Macassar. Es Ujung Pandang.

Charlie pareció asombrado.

—Estimado señor, es un mapa de 1944.

Para colmo, eso. El índice alfabético estaba en holandés.

Con escasez de dinero, como siempre, había llegado el momento de llamar por teléfono a las agencias de viajes de

tarifas reducidas para comprar un billete barato. No es razonable esperar encontrar ese tipo de billetes para volar a Sulawesi. Lo mejor sería ir a Singapur y buscar allí.

Lo asombroso no es que las tarifas varíen de una línea aérea a otra, sino que sea prácticamente imposible pagar el mismo precio para volar por la misma línea y con el mismo avión. A medida que el panorama se despejaba y los precios bajaban, los nombres de las compañías parecían cada vez menos reales y cada vez más elocuentes. Finnair sugería un truco de magia. Madair era cara, pero sugería una serie de aventuras salvajes. Finalmente, me decidí por una línea aérea tercermundista que se presentaba con estas palabras: «Todo irá bien una vez esté usted en el aire.» En un ático de Oxford Street me encontré con un hombrecito nervioso que parecía la viva imagen de los efectos desastrosos del estrés: ajado y agitado, se mordía las uñas y fumaba un cigarrillo detrás de otro. Estaba rodeado de enormes pilas de papel y tenía delante un teléfono que sonaba sin cesar. Pagué y empezó a rellenar el billete. Ring, ring.

—¡Hola! ¿Qué? ¡Vaya! Ah, sí, bien. Lo siento. El problema es que en esta época del año todo el tráfico va hacia Oriente, así que habrá problemas para conseguir plaza.

A estas palabras le siguieron cinco minutos de explicación apaciguadora dirigida a alguien que, en el otro extremo de la línea, estaba manifiestamente enfadado. Colgó, se mordió las uñas y continuó rellenando el billete. Inmediatamente, el teléfono volvió a sonar.

—¡Hola! ¿Qué? ¿Cuándo? ¡Vaya! Ah, bien. El problema es que en esta época del año todos los asiáticos se dirigen a Occidente, así que habrá problemas para conseguir plaza. —Otros cinco minutos de sonidos tranquilizadores. Chupó el cigarrillo con desesperación. Ring, ring.

—¡Hola! ¿Qué? ¡Vaya! Lo siento. Nunca me había pasado esto en todos los años que llevo en este negocio. Por supuesto que le envié el billete por correo —dijo, y hurgó en un fajo de billetes, colocó uno de ellos en un sobre y empezó a garabatear una dirección—. El problema es que en esta época del año la mayoría de las oficinas de correos están de vacaciones, así que hay demoras.

Con los peores augurios, me puse el billete en el bolsillo y me marché.

Y así llegué a la depresión previa a la partida. Tras dar una vuelta por la habitación con la mochila de caparazón de escarabajo a la espalda, la deshice y dejé fuera la mitad de su contenido. Necesitaba evitar molestias. Cuando llegué al aeropuerto, no había plaza en el avión ni ningún otro vuelo en una semana. Llamé al estresado agente de viajes.

—¿Qué? ¿Quién? Bien, nunca me había pasado esto en todos los años que llevo en este negocio. El problema es que en esta época del año los vuelos extra están retenidos a causa del monzón. Pero le reembolsaré la totalidad del billete. Ahora mismo pongo el cheque en un sobre.

Cuando llegó, varias semanas después, el cheque no tenía fondos.

Se dice que todo término positivo necesita de su correspondiente negativo para realzar su definición y establecer su lugar en el amplio sistema de las cosas. Tal vez sea ésa la función de Aeroflot en el mundo de las líneas aéreas, una especie de línea antitética. En lugar de sobrecargos amanerados, fornidas y bigotudas celadoras. En lugar de los rebuscados platos congelados de la cocina de avión,

pollo frito. Entre Londres y Singapur comimos cinco veces pollo frito, a veces caliente, a veces frío, pero siempre reconocible. Antes que tener que volver a mi casa con el equipaje a cuestas, opté por el único vuelo barato de ese día, el de Aeroflot.

En el suministro de aire se había colado un extraño olor como a aceite de clavo, particularmente penetrante en el lavabo —lugar completamente desprovisto de papel—, como consecuencia de lo cual la gente salía de este recinto con la cara roja y jadeando. En momentos de estrés, como el aterrizaje, el aire condensado surgía visiblemente de los conductos de ventilación del techo de la misma manera que el vapor de hielo seco en una producción teatral. Esto aterrizó a los japoneses, quienes creían que se trataba de un incendio y lloriqueaban, hasta que una celadora les gritó en ruso. No los convenció, pero al menos los amedrentó.

El único alivio a las tandas de pollo frito fue el cambio de avión en Moscú. Al salir del miasma del olor a clavo, ya entrada la noche, se nos hizo formar una fila en la escalera bajo bombillas de veinte vatios como en un burdel municipal. Las celadoras se abrían paso entre nosotros gritando en tono inquisitorial: «¡Lusaka!» ¿O era «Osaka»? Los japoneses y los zambianos se empujaban mutuamente sin convicción. Examinaron minuciosamente nuestros billetes. Nos revisaron el equipaje. Un joven de ceño fruncido controló los pasaportes, que leyó línea por línea moviendo los labios. Insistió en que nos quitáramos los sombreros y las gafas. A mí me midió para comprobar si mi estatura real coincidía con la consignada en el pasaporte. Me parece imposible que las cifras coincidieran.

La chica que estaba detrás de mí era una francesa charlatana, ansiosa por contar su vida. Iba a Australia para casar-

se. «Espero que todo esté en orden cuando llegue», dijo en tono resuelto. Como tenía un agudo sentido del humor, le pareció exquisitamente divertido que me midieran. «¿Lo miden para un ataúd?», sugirió alegremente. El joven de ceño fruncido no supo apreciar su trivialidad y envió a la chica otra vez al final de la cola. Era como estar de nuevo en la escuela. En realidad, toda el área de tránsito recordaba los monótonos días de escuela durante la posguerra. Unas damas muy serias empujaban carritos con el esmalte amarillo descascarado; sus rostros carnosos expresaban desaprobarción. Eran, seguramente, las mismas mujeres que repartían la carne picada llena de grasa en mi escuela primaria, mientras hablaban de problemas de racionamiento. Los lavabos rotos del aeropuerto recordaban los retretes de la escuela.

Unas mujeres más jóvenes, en uniformes verde oliva, saludaban a los soldados que se paseaban con sus fusiles. Tenían el aspecto de quienes desempeñan una función en una importante empresa del Estado. A los occidentales parecía invadirnos cierto aire de culpa e inseguridad. Nos sentíamos indebidamente frívolos y jocosos, como quienes ríen tontamente en un funeral. Quizá algún día maduraríamos y nos convertiríamos en ciudadanos formales como esta gente.

Todas las tiendas estaban cerradas, lo que nos impidió lanzarnos a comprar muñecas rusas y libros sobre la colectivización vietnamita. Algunos espíritus aventureros descubrieron un bar en el piso de arriba, donde se podía comprar agua mineral con gas a un hombre huraño que no tenía cambio.

Nos dieron unas cartulinas cuadradas en las que alguien había escrito: «cena 9.00». Había una zona con mesas y sillas, de modo que allí nos sentamos todos, cada vez

con más aspecto de refugiados. A las diez en punto aparecieron las damas del comedor de la escuela, acomodándose su pañuelo de cabeza para entrar en acción. Pero, ¡ay!, nada de carne picada para nosotros. Se sirvieron una comida abundante que, ante nuestra mirada de envidia, comieron con toda calma mientras hacían notorios gestos de satisfacción con los labios. Por una vez, no parecía haber ni rastro de pollo. Las damas desaparecieron y durante un largo rato se oyó un traqueteo de platos fuera de escena. Poco antes de la hora prevista de salida de nuestro avión, volvieron a aparecer triunfalmente con los carritos esmaltados. Una nos sirvió dos rebanadas de pan, un tomate y café solo, mientras otras dos nos hacían formar dos grupos apretados y examinaban nuestros billetes. Cuando ya habíamos abandonado toda expectativa de recibir más comida, nos ofrecieron una simple galleta servida en una porcelana magnífica.

En el piso de abajo, en el espacio que precede a las puertas de embarque, se desarrollaba un bullicioso espectáculo. Dos turistas —ingleses, a juzgar por el acento— golpeaban la puerta de cristal de la oficina de inmigración. Habían tratado de empujarla. Habían tratado de tirar de ella. No sabían que era una puerta corredera.

—¡Nuestro avión! —gritaban, mientras señalaban lo que efectivamente era un gran avión aparcado precisamente al otro lado de la ventana de cristal. Se veía a los pasajeros embarcando. Un corpulento funcionario en uniforme de tela de saco miraba por la ventana hacia fuera, de espaldas a los turistas y haciendo todo lo posible por ignorar el ruido que hacían.

—Nos llamaron por teléfono para que viniéramos al aeropuerto —clamaban—. Hace una semana que esperamos un avión.

Por fin, el alboroto empezó a crisar los nervios del funcionario, que de mala gana abrió unos centímetros la puerta para mirarlos con atención, como haría en su casa un hombre al que unos golpes en la puerta de la calle despertaran en plena noche. Le mostraron los billetes a modo de justificación. Fue un error. El funcionario los cogió, cerró con toda calma la puerta y echó la llave, colocó los billetes en el extremo de su escritorio y retomó su imperturbable contemplación del avión. En la parte superior de la escalerilla apareció una celadora, miró brevemente a su alrededor, se encogió de hombros y volvió a entrar.

—¡Llame a alguien! —rogaban los viajeros—. Nuestro equipaje está en ese avión.

En respuesta, el funcionario les devolvió los billetes haciéndolos pasar hábilmente por debajo de la puerta y volvió a darles la espalda. La puerta del avión estaba cerrada y empezaban a retirar la escalerilla. Los viajeros golpeaban la puerta con renovada desesperación. El funcionario se puso a fumar. Nos quedamos observando unos buenos diez minutos, hasta que finalmente el aparato se puso en movimiento. En ese momento, los dos viajeros sollozaban.

Nos marchamos, desentendiéndonos de la situación. Por fin, nos habían llamado para embarcar. Después de esta corta y aleccionadora escena, nadie quería llegar tarde. Nos agolpamos frente a las puertas de embarque como hordas de bárbaros ante las puertas de Roma. De tanto en tanto aparecía una celadora detrás de las puertas de cristal y nos lanzábamos hacia ella. Luego desaparecía, dejándonos hundidos en el desconcierto.

Este avión no trajo ningún alivio; sólo más pollo frito. Un indio presuntuoso se paseaba por el avión contando a todo el mundo que era almirante de la marina y sólo viajaba en Aeroflot por razones de seguridad, no por taca-

ñería. En un rincón iba sentada una Viajera Experimentada. Esta viajera rechazaba con ademán desdeñoso todos los ofrecimientos de pollo, pues había tenido la precaución de proveerse de una selección de quesos y un buen pan; a sus pies había una botella de vino y en su regazo reposaba una gruesa novela. Pero lo más irritante era que tenía jabón y papel higiénico. La observamos con el mismo resentimiento no disimulado de los rostros que se ve en las ventanas de los asilos de ancianos. Nos alegró que, cuando empezábamos a descender hacia Singapur, un envidioso que salía del lavabo le volcara la botella de vino con el pie.

Singapur. La Ciudad del León. Su símbolo actual –digo actual porque en Singapur todo está sometido a un implacable proceso de revisión y mejora– es el Merlion, una enclenque y modesta mezcla de león y pez, digna de Walt Disney. Allá en el puerto, el león escupía agua sucia por la boca con la única finalidad de que los turistas lo fotografiaran.

Después de Moscú, no cabía duda de que Singapur formaba parte del mundo libre, pero tampoco de que era un lugar de control y de orden. La carta constitucional de la ciudad-Estado invoca el nombre de Raffles, a quien se conmemora en toda la isla bautizando distintos lugares con su nombre. Pero su fundador, salvador y déspota benevolente, Lee Kuan Yew, no es objeto de conmemoración. Esto se debe a que Singapur es una república y Lee Kuan Yew su rey. Los nombres ingleses se han conservado por doquier. Visitar la base aérea es un placer. Anodinos oficiales chinos se sientan fuera de unos bungalows denominados «Dun-roamin», en calles que llevan por nombre «The Strand» y «Oxford Street». Singapur no ha sentido ninguna necesi-



dad de eliminar su pasado colonial. Como todo lo demás, este pasado ha sido asimilado sin traumas.

Si bien su nombre no es omnipresente, la personalidad de Lee Kuan Yew impregna todos los niveles del Estado. No se puede cruzar una calle sino por el paso de peatones (multa de 500 dólares), ni escupir (multa de 500 dólares), ni arrojar basura (multa de 500 dólares). Se cree que todos los problemas pueden resolverse imponiendo más reglas. Nuevamente, al igual que en Moscú, la escuela es la analogía mediante la cual entendemos todos los sistemas autoritarios. No, por supuesto, el caldo de cultivo del vicio, la violencia y la criminalidad en que se han convertido las escuelas inglesas modernas, sino aquellas instituciones extrañamente ingenuas de los años de posguerra. Los espacios públicos están limpios y bien cuidados, cualquier trocito de terreno se convierte en un parque. En los inmensos y aterradores bloques de vecinos, todos los ascensores funcionan y están immaculados. Misteriosamente, los singapurenses no estropean su entorno. Hasta los teléfonos públicos funcionan. Es notable el contraste con la sórdida autodestrucción urbana de Londres.

Singapur es ante todo una ciudad dedicada a ganarse la vida. Muchos han elogiado la laboriosidad de los singapurenses. Pero se trata de una forma curiosa de actividad, pues lo que se ve son principalmente comerciantes sentados en centros comerciales rodeados de mercancías de origen japonés que se venden sobre todo a occidentales. Incluso para los estándares ingleses, la grosería de los vendedores causa asombro, a pesar de la campaña personal «Sonría» que lleva a cabo Lee Kuan Yew. (Una vez más piensa uno en la escuela: el director, levantándose en una asamblea y diciendo: «Quisiera decir unas pocas palabras sobre la general falta de alegría en la escuela.») Excepcio-

nalmente se habla inglés. En esta mezcla políglota de chinos, indios y malayos hay gente que parece haber terminado por no tener lengua materna.

Estuve con una familia malaya en uno de los altos edificios de acero y hormigón que han sustituido a las antiguas y agradables chozas de madera en las que otrora los malayos vivían sin problemas en condiciones insalubres. Por una deliberada decisión política, las distintas razas conviven en los mismos edificios. A un lado los indios, al otro los chinos. Los corredores están inundados de olores de especias en pugna y varas de incienso para diversos dioses. En el hueco de la escalera graznan y gruñen diferentes idiomas. Dentro, cinco adultos y dos niños viven en tres habitaciones pequeñas y una cocina, todo impecablemente limpio. ¿Alojarse en un hotel? No tiene sentido. Aquí hay lugar, usted es uno más de la familia.

La hospitalidad malaya es abrumadora. La única carga para el huésped es la obligación de comer tres veces todo lo que desee.

Era mi primera oportunidad de poner a prueba la lengua indonesia, o casi. El malayo y el indonesio tienen entre sí la misma relación que el inglés de Inglaterra y el de Estados Unidos. La televisión captaba tanto la emisora de Singapur como la de Malasia, al otro lado del paso elevado que divide ambos estados. En el canal de Singapur sólo había buenas noticias. Los acontecimientos desgraciados eran verdaderamente un fenómeno extranjero. Se mostraba a los singapurenses en un armonioso progreso multiétnico. Veía el nuevo metro. Mire, más tierra ganada al mar. En el canal malayo, gente más oscura y más guapa daba muestras de virtud musulmana. Las noticias extranjeras se referían a La Meca y a mezquitas nuevas. A mi espalda, alguien preguntó: «¿Seguro que estas naranjas no son israelíes?»

Las llamadas telefónicas son gratuitas dentro de la ciudad. En diez minutos, mi billete aéreo a Yakarta se había reducido a un tercio del precio que habría pagado en Londres. Empecé a sentirme un paleta.

Nos acomodamos para ver un melodrama malayo que parecía consistir en mujeres que engañaban con escandalosa evidencia a sus virtuosos maridos, ocupados en la corte. El adulterio se daba a entender mediante el acto de cerrar la puerta del dormitorio.

—Mira cómo se ríe ésa. Seguro que no es virgen...

—Y encima fuma. ¡Puaj!

Lamentablemente, yo no entendía una palabra de la película, pero el antropólogo ha aprendido desde muy joven a aguantar sentado seminarios estúpidos, conferencias aburridas y presentaciones incomprensibles. La paciencia tuvo su recompensa. Tras muchos agravios infligidos a su pobre marido, los crímenes de la esposa fueron denunciados por el rajá. El tribunal hablaba en un dialecto lo suficientemente cercano al indonesio como para que se le entendiera. Finalmente se desveló la enormidad del delito. Había robado el arroz que le habían entregado para sus hijastros y lo había vendido para comprarse perfume. ¡Puaj!

El centro comercial de Singapur es, sin duda, el lugar al que los occidentales acuden para huir de Asia. Es un lugar donde se hacen negocios. Está lleno de petroleros, contables, abogados y gentes de otras profesiones sospechosas en un escenario que remeda lo peor de *Dallas*. El gobierno, con su punto de puritanismo, está embarcado en una guerra absurda por los gustos de los turistas occidentales, sin darse cuenta, al parecer, de que si se eliminan la suciedad, las prácticas irracionales y todo lo que se co-

noce como «color local», los turistas pensarán que más les habría valido quedarse en casa.

La preocupación actual era Bugis Street, nombre capaz de poner los pelos de punta a más de un viejo marinero británico. Simplemente, es famosa por su prostitución de travestis. El travestismo es uno de los grandes temas de Oriente, a menudo una cuestión realmente seria y que a veces tiene incluso implicaciones religiosas.

Sin embargo, en Bugis Street sólo se busca el descanso y la diversión. El gobierno, conmocionado por el «escandaloso exhibicionismo» y siempre atento a su imagen en el extranjero, había decidido cerrarla. En gran parte fue una campaña de los periódicos.

—¿Dónde está? —pregunté a los jóvenes veinteañeros de la casa—. ¿Es divertida? —Ellos intercambiaron unas palabras en voz baja.

—No sabemos dónde está. Nunca hemos ido.

—¿Tenéis un mapa?

—No tenemos mapa. Pero se lo preguntaré a un amigo.

Llevaron el teléfono al dormitorio e hicieron una llamada. Hicieron tres llamadas, ruborizados.

—Ninguno de mis amigos lo sabe. Los tres son musulmanes.

—¿No tenéis ningún amigo chino?

—Lo intentaré.

Diez minutos después, estábamos en camino riendo con complicidad. Habíamos dicho al padre que iríamos a ver las luces del puerto. Cuando finalmente la encontramos, Bugis Street resultó ser una calle oscura y angosta de edificios listos para la demolición. Pese a su estrechez, se habían instalado mesas y sillas sobre el asfalto y en un centenar de chiringuitos cocinaban todo tipo de comidas bajo las estrellas. Multitud de turistas iban y venían en busca de la emo-

ción del escándalo, y muchos de ellos, frustrados por la ausencia de otros placeres sensuales, se dedicaban a comer. Las tres bebidas que tomamos fueron las más caras de mi vida. Una niñita de unos cinco o seis años iba de mesa en mesa desafiando a los turistas a una partida de tres en raya por un dólar. Lo hacía muy bien. Impecables policías malayos patrullaban arriba y abajo con expresión de grave desaprobación en las cejas.

—¿Por qué todos los policías son malayos?

Los muchachos rieron.

—*Todos* los policías son malayos excepto los altos oficiales. A los chinos no les gusta que los malayos sepan pilotar aviones o disparar grandes armas de fuego, así que cuando hacemos el servicio militar, nos ponen en la policía.

Era evidente que los turistas se aburrían. Un grupo de ingleses había encontrado un gato callejero y dedicaba la noche a alimentarlo con pescado que había comprado a un precio elevadísimo. De pronto, un americano gritó: «¡Rápido, Miriam, aquí hay uno!» Un travesti solitario, vestido con una ajustada falda de piel, se volvió e hizo un mohín por encima de las mesas. Miriam, de reflejos azules en el pelo y ademán resuelto, saltó decididamente entre la gente y barrió de arriba abajo a la «chica» con su cámara cinematográfica. Se oyó un ruido generalizado de disparos de cámaras y maldiciones en muchas lenguas europeas mientras hacían los cálculos relativos al flash. El travesti cumplió espléndidamente con su papel sacando la lengua, poniendo el culo en pompa y contoneándose sobre sus altos tacones.

Luego vinieron las dudas. Seguramente se trataba de prostitución. Pero no quedaba claro el sexo.

—Es sólo una puta vieja —dijo Miriam.

Hubiera sido una noche bastante triste, teniendo en cuenta la decepción de mis amigos musulmanes al com-

probar que la perversión no era necesariamente placentera, de no haberla salvado un camarero chino tremendamente arrugado.

—¿Quielen otlá bebida?

—No, gracias. A estos precios, no.

—Humm. ¿Quielen fotos obscenas?

—¿Qué?

—Fotos obscenas. ¿Quielen? —Y de un tirón evocó el calor y el polvo del servicio imperial, los marineros americanos de cara tersa que desembarcaban de los buques de vapor a las maravillas de Oriente. Serían fotos de danzariñas del vientre, beldades de ojos rasgados cubiertas de joyas de plata y voluptuosas promesas. Puso sobre la mesa una carpeta con fotos dispuestas en bolsillos numerados.

Los hombres orientales no son peludos, pero en algún sitio habían encontrado especímenes con una abundancia de vello casi caucásica. Tenían piernas como escobillas de baño, más expuestas a la vista por el hecho de llevar traje de baño femenino. Muchos tenían plumas y sonreían tontamente. Había en ellos algo muy triste y un poco cómico, como en las chicas de revista de nuestros abuelos. Era como si tuvieran la desesperada necesidad de ser perversos pero no supieran muy bien qué hacer para conseguirlo.

Pasó otra patrulla policial, dos malayos balanceando porras. Miraron con seriedad a mis compañeros, dos compatriotas malayos, y deslizaron la mirada sobre el libro que teníamos delante. Sacudieron la cabeza y prosiguieron su ronda. Mis compañeros parecían escarmentados y avergonzados. Yo estaba siendo otra vez un mal ciudadano. Era hora de irse. Cuando nos marchábamos, Miriam se nos cruzó en el camino.

—Si has terminado con esas fotos, cariño, me gustaría echarles un vistazo.